

Dicho y hecho : Luisa se introduce en el corro , y echándolo , como suele decirse , á barato , consigue que se levanten todas las chicas y se dispongan á jugar al escondite , despues de haber echado pajas para saber á quien tocaba quedarse.

Comenzóse el juego , animando á la gente Villadiego , y revolviéronse todos como lo habia calculado Luisa ; disemináronse unos y otros por donde mejor les parecia , y apareció el desórden consiguiente al juego de escondite. Presentóse entre la gente el capitán D. Gonzalo , y apenas le divisó Luisa , se fué á él , no sin antes haber recomendado á María mucha prudencia , y encargádola que no hiciese mas que lo que ella le dijera. La hora de la cita se acercaba , y Gonzalo ardia en deseos de saber si podria verificarse , aunque ignoraba el gran auxiliar que tenia en la niña Luisa , tan importante para él en aquella ocasion , pues , á saberlo , desde luego se hubiera considerado feliz.

Andaba él por entre la gente buscando con la vista á María , y la descubrió en efecto , pero en el momento en que iba á acercarse á ella tal vez con demasiada imprudencia , se le aproximó Luisa , y cogiéndole de un brazo y llevándole fuera del bullicio , le dijo :

—Capitan , quisiera hablaros dos palabritas nada mas.

—Poco me pedís , linda Luisa , y desde luego tendré mucho gusto en escuchar no digo dos palabras , sino doscientas.

—¿Sereis franco conmigo?

—Cual si Dios me interrogara.

—Pues bien , en ese caso , decidme : ¿ quereis bien ?

Esta pregunta , recalada con notable intencion por Luisa y soltada tan á boca de jarro , no dejó de sorprender al capitán , desconcertándole algun tanto , y no sabiendo por de pronto que contestar.

—¿Titubeais?

—No por cierto.

—Luego , ¿por qué no confesais?

—Confieso que quiero con todo mi corazon.

—Y ¿quién lo asegura?

—La palabra de militar.

—En amores suele faltarse á ella, y los hombres sois poco escrupulosos sobre el particular.

—Es que yo no me parezco á los demás.

—¿Sois libre?

—Como el aire y las avecillas que cruzan el espacio.

—¿Leal?

—Siempre lo fuí.

—¿Constante?

—Cual ninguno.

—¿Sincero?

—Como yo solo.

—Pues gracias, y que el cielo os premie tan buenas prendas.

Y al decir esto, Luisa hizo ademán de dejar al capitán, y de seguro que hubiera desaparecido como una exhalación, á no detenerla Gonzalo, diciéndole:

—Alto ahí, que ahora me toca á mí preguntar.

—Y yo contestaré, dijo la astuta Luisa deteniéndose.

—¿Sabeis si soy querido?

—Así parece.

—¿Para siempre?

—Y aun es poco; pero ¿pensais casaros?

—Y de verdad, os lo juro, linda niña, y así podeis afirmar-lo; pero decidme ¿consentirá ella?

—Es regular que sí, porque las mujeres no tenemos otra salsa.

—¿Seré feliz?

—¡Quién lo duda!

—¿Acudirá á la cita?

—Si yo quiero.

—Sí que querreis, ¿no es verdad? ¿ni cómo he de creer yo que inaugurando tan bien mi futura felicidad, querrais acibararla despues? No, no es posible, y en prueba de gratitud dadme un abrazo.

Pero Luisa dió media vuelta, y él capitán hubo de abrazarse solo.

—En amores solo habia á ella, y los hombres solo poco escrupulosos sobre el particular.

—Es que yo no me pareco á los demás.

—¿Sois libre?

—Como el aire y las aves que corren en el espacio.

—¿Leal?

—Siempre lo fui.

—¿Constante?

—Cual ninguno.

—¿Sincero?

—Como yo solo.

—Pues excusa, y que el cielo os premie tan buenas prendas.

Y al decir esto, Luisa hizo ademán de salir al capitan, y no lo seguro que hubiera desaparecido como una exhalacion, á no haberla detenido el conde, diciendole:

—Alto ahí, que ahora me toca á mí preguntar.

—Y yo contestar, hijo la estalla Luisa, y deteniendole.

—¿Sabes si soy rico?

—Así puedes.

—¿Para siempre?

—Y aun es poco; pero ¿puedes casarte?

—Y de verdad, es la pura vida mía, y así podria figurar-

lo; pero dichura y ventura de ella.

—Es regular que si fueran los tiempos no tan malos como ahora.

—¿Soy feliz?

—¿Quién lo duda?

—¿Acabas á la villa?

—Si yo quiero.

—Si que quieres, que es verdad; así como de lo que yo que me acordaba tan bien mi futura felicidad, que me acordaba de la desgracia. No, no es posible, y en prueba de que así me en abaxo.

Pero Luisa dió media vuelta, y el capitan hizo de nuevo curso solo.



Los que tengan la paciencia de leer el presente libro, no habrán de quejarse seguramente de nuestra poca exactitud; tengan, pues, un poco de paciencia y sabrán palabra por palabra, cuanto hablaron los dos amantes junto á la fuente, y al arrullo de su cristalino caño, así como las interesantes peripecias que su suerte les tenia destinadas; pero lo sabrán cuando deban saberlo.

Ya que hemos dejado juntos á los dos enamorados cerca de la fuente, merced á la industria de Gonzalo y á los buenos servicios de la diestra Luisita, sigamos á esta sus pasos, observemos sus acciones, escudriñemos hasta su pensamiento, y enteremos á nuestros lectores de cuanto sepamos, que si la historia de los varios personajes que figuran en nuestro libro ha podido interesarles algun tanto, quizás que la de Luisa les entretenga no menos y escite su natural curiosidad.

Ya recordarán nuestros lectores que de resultas de una lucha sostenida heroicamente contra una cuadrilla de ladrones, quedó convertido Juanillo, ó por lo menos así lo pareció, puesto que, arrepentido sin duda de su conversion, concibió contra la familia bienhechora el plan mas diabólico que pueda imaginar un mortal; plan que tan solo puede caber en la cabeza de un malvado, fingiendo arrepentimiento por conservar una vida que tan solo debia servir para hacer daño á sus semejantes. Triste y desconsoladora es la idea que se desprende al ver tamaña ingratitud; pero naturalmente se nos viene á la imaginacion la de que el hombre nace con instintos, talentos y pasiones, y que poco ó nada puede ni la educacion ni el buen ejemplo, cuando esos instintos ó esas inclinaciones tienden hácia lo mismo.

El tal Juanillo, que durante su vida aventurera y espuesta, ni contaba con amigos ni con protectores, vióse de repente admitido en una familia honrada, donde además de considerársele, y donde halló casa y hogar, oia de continuo buenas máximas que podian ponerle en camino de salvacion, y tenia ante sus ojos un ejemplo que debia seguir. Pues bien: ese hombre, que siquiera por gratitud debiera de haber mentido fidelidad, fué el autor de la mas horrenda trama; su audacia llegó hasta el es-

tremo de poner los ojos en la hija de su protector, y como esta, aunque niña, estaba muy lejos de ser viciosa ni tonta, rechazó noblemente tan brutales proposiciones, sin parar mientes en que una negativa podía causar su ruina.

Luisa era, como saben nuestros lectores, una muchacha de grande imaginacion, de un talento poético precoz, y de gran penetracion: era además bastante bonita, muy alegre y decidora; circunstancias todas que agradan á los hombres, aun cuando en el fondo de todo ello crean descubrir cierta dósis de coquetismo.

Así, pues, nada tiene de extraño que Luisita llamara la atencion de todos, y escitara una pasion mas ó menos vehemente á no pocos de los que la trataban. No contemos entre estos al infame Juanillo, porque su alma no era susceptible de enamorarse, y si osó ultrajar á Luisa con torpes proposiciones y hasta con ademanes groseros, amenazándola si se negaba á sus planes, todo ello era hijo de los deseos eróticos, y de ningun modo el producto de un sentimiento noble y santo.

Antes de bosquejar el horrible cuadro que tenemos ya trazado en el lienzo, preciso es hacer una descripcion topográfica de la habitacion de D. Diego.

Ya saben nuestros lectores que la casa formaba esquina: una de sus dos fachadas daba á la plaza y la otra á la calle Real, prolongándose por esta parte una tapia que ocultaba la vista de un gran corral, convertido casi todo en un bonito jardin, merced al cuidado que de él tenian Luisa y María.

La puerta principal de la casa, que daba á la plaza, era bonita y hasta elegante: tenia dos rejas, una á cada lado, y apenas se entraba, se descubria una linda antesala con columnas y pilastras, y unos jarrones colocados entre cada columna y la pared, lo cual daba un aspecto de majestuosa sencillez á aquel edificio. A la izquierda habia una salita con su alcoba y una de las rejas que ya hemos indicado: esta era la habitacion de Luisa, enteramente independiente de las demás de la casa. Su cuarto estaba adornado con un gusto especial, aunque sin lujo: tenia en la sala un bonito armario con libros, un elegante tremó, tallado y dora-

do, sitiales de damasco y cortinas de lo mismo, algunas pinturas en las paredes y varios cuadros con labores hechas por ella y por su hermana la huérfana María; un clavicordio, donde ensayaba algunos walses y minuets, aunque no tenia grande aficion á la música, y varios bastidores de bordar. Su alcoba era sumamente sencilla y aseada, y no tenia mas muebles que la cama, un guerdon de nogal con adornos de metal corleado, una pililla de agua bendita á la cabecera de la cama, y algunas sillas.

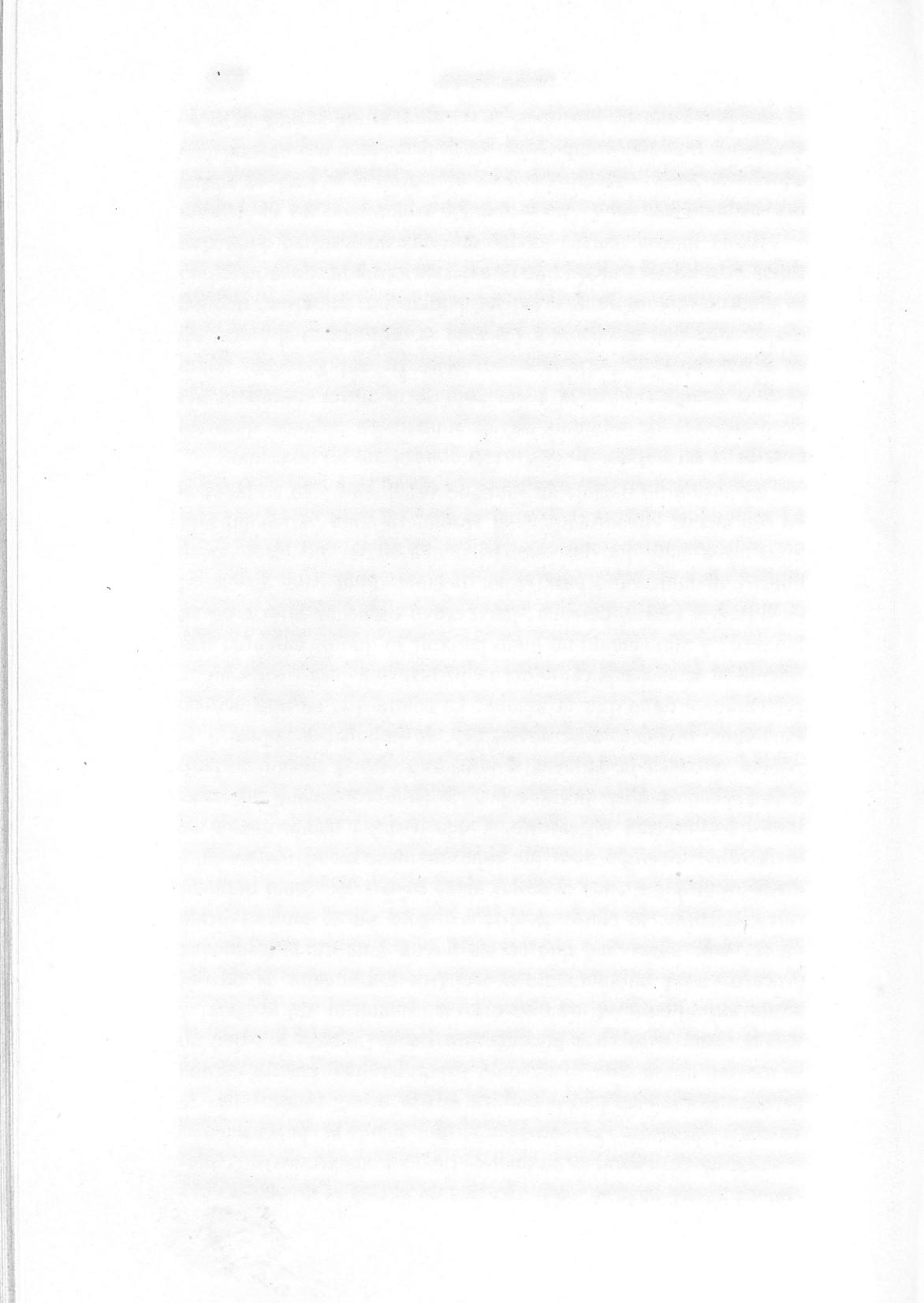
Por la puerta de la derecha se iba á la sala principal, que tenia tres rejas: una á la plaza y dos á la calle Real; siguiéndose á esta otra pieza cuadrada muy bonita con un balcon que daba paso abriéndose al jardin, que desde luego ofrecia una preciosa plazoleta rodeada de verdor que servia de cobertizo á una linda gruta guarnecida de dos escaleras laterales para poderse bajar desde la plazoleta y vestidas todas sus grotescas piedras de la verde yedra cuajada de sus correspondientes racimos de semilla negra. Lo demás de la casa, ni merece referirse, ni tampoco hace falta á nuestro objeto.

En un sitio llamado Párraces, no lejos de Robledo, y donde aun se ven los restos del famoso castillo de los condes de Santillana; en este sitio, que la credulidad pública designa como el punto donde tuvo situada su habitacion la fé musulmana, habia una abadía, y en sus bosques se albergaba una cuadrilla de gitanos que se ocultaban en la espesura, y mientras habitaron aquel sitio, no se hablaba mas que de niños robados, del ganado que desaparecia, y de personas que morian repentinamente cual si hubiesen sido heridas por una mano invisible.

Ya hemos dicho que la hermosura, la gracia y demás dotes que adornaban á Luisa, la hicieron el objeto de las amorosas miradas de algunos vasallos, de muchos caballeros, y sobre todo de las del limosnero de la abadía de Párraces, quien, segun las reglas de muchos conventos, no era un sacerdote, sino mas bien un hombre cualquiera; un seglar encargado de los asuntos exteriores; en una palabra, lego y autorizado para poder contraer matrimonio. Luisita habia renunciado hasta entonces cuantas proposiciones la hicieron respectivas á casamiento, y cuando



Luisa.



el demandadero, que se llamaba Bartolomé, entraba en casa de D. Diego, la jóven respondia á las pretensiones del lego llenando su alforja de trigo y de legumbres, y hablando siempre con profundo respeto hácia la santa mision de los siervos del Señor.

Habia mucha malicia en las miradas de Luisita, para que Bartolomé pudiera creer que la excesiva candidez de la jóven no le permitiera comprender lo que pedia. Sin embargo, aunque sospechaba que Luisita se hacia mas inocente de lo que era, no se determinaba á vituperar su conducta, puesto que nadie habia podido lisonjearse de la seguridad de que ella escuchara las proposiciones de ninguno de los numerosos galanes que con este fin la asediaban.

La pasion de Bartolomé, aunque vehemente, no se mostraba con mucha violencia; pero el verdadero amor, si es sufrido, lo es hasta tanto que los celos vienen á escitarle. Cierta noche nuestro demandadero pasaba por delante de la casa de Luisa, cuya puerta estaba cerrada, pero creyó escuchar la voz de un hombre; y aun cuando no pudo percibir lo que se hablaba, distinguió el acento suplicante de un jóven, que juzgó seria algun pretendiente de la que él amaba. La cólera que se apoderó de Bartolomé con este descubrimiento, le impulsó á llamar á la puerta, y acaso la hubiera derribado si no la abrieran; pero mirando á hurtadillas por la reja, vió en la oscuridad dos hombres que parecian observarle. Y sea temiese comprometer su carácter semi-religioso, ó que experimentase un verdadero miedo al aspecto de estos desconocidos, cuyo traje tenia algo de extraordinario, lo cierto es que se sentó en el umbral de la puerta con todas las apariencias de un hombre fatigado que procura tomar un momento de reposo. Continuaba oyendo el acento de aquella voz que se oía en el interior de la casa, y veia delante de su vista aquellos dos bultos misteriosos que no se movian de su sitio. Bartolomé esperaba que pasase alguna persona con la cual pudiese retirarse é ir acompañado hasta la abadía, y pensaba, por otro lado, que mientras permaneciese sentado en el umbral de la puerta, nadie se determinaria á acometerle, pues bastaba con solo dar un grito, para que saliera

en su auxilio la gente de la casa; pero este medio no le convenia, porque era demostrar á las claras que rondaba á Luisita, y hartas bromas se le daban ya con sus amores. Pero el tiempo pasaba, la voz continuaba dejándose oír, y los dos hombres extraordinarios permanecian inmóviles.

El miedo y la fatiga luchaban con el pobre Bartolomé: todos los objetos que le rodeaban eran para él otros tantos motivos de susto; parecía que la iglesia y los árboles andaban en redor suyo, y que aquellos dos hombres, cuya presencia le atemorizaba, crecian á sus ojos hasta llegar al campanario de la torre.

Dominado de tan grande terror, se decide por fin á llamar á la puerta; pero cuál fué la sorpresa que experimentó al ver que esta puerta se abre no bien la hubo ligeramente empujado. La débil luz de una hacha de resina, colocada contra una silla, no permite á Bartolomé averiguar al primer golpe de vista lo que pasa en aquella habitacion, y oye solamente una voz que le dice:

—La obra se ha consumado, puede V. llevarse la muchacha cuando guste.

Comprende al instante que puede haber ocurrido algo á su querida Luisa, puesto que todo aquello pasaba en una habitacion que sabia ser la alcoba de la niña; su vista se turba por la sorpresa, el temor y hasta por el cariño que profesaba á Luisa; y deseando ponerse al corriente de todo aquello, se dirige al punto al paraje de donde habia salido la voz, y vió un hombre, por cuya amarillenta tez y lo encrescapado de sus caballos, comprendió que era un gitano. Este extraño personaje estaba á los piés de la cama de Luisa, y esta tendida en ella; pero muerta ó sumergida por lo menos en un sueño tan profundo, que no se despertó al agudo y penetrante grito que el fraile lanzó al ver su cuerpo inanimado.

El hombre que acababa de hablar, conociendo que no se habia dirigido al que sin duda esperaba, se arrojó sobre Bartolomé y le asestó una fuerte puñalada, que tumbó al lego en tierra; mas como la herida no fuese de tanto peligro que le privase

de la existencia, permaneció en el suelo sin hablar, y un momento despues vió entrar en la casa á los mismos dos hombres que antes habian estado fijos en el paraje que hemos indicado. Estos hombres habian salido, sin duda, de la casa; pero Bartolomé no lo habia observado por haberlo efectuado en el mismo momento ó poco despues de haber caido sin sentido. Uno de los hombres era, en efecto, un jitano; el otro era un hidalgo de las cercanías, conocido en toda la comarca, puesto que era nada menos que el conde de Santillana, marqués de Torija, el que aproximándose á la cama, y poniendo su mano sobre la frente y sobre el corazon de la jóven, exclamó desesperado:

—¡ Me has engañado, miserable! Está muerta, está fria como un hielo, y eso no es lo que se me habia prometido.

—Lo que yo he prometido, lo he cumplido, respondió el de las greñas.

—Es cierto que está fria como el hielo, pero no está muerta; dentro de dos días, cuando haya vuelto de su letargo, la encontrareis tan bella y tan lozana como lo estaba hace una hora. Vos sí que no habeis cumplido la palabra que me disteis, porque me habiais prometido que nadie absolutamente se aproximaria á esta casa durante se verificaba el hechizo, y habeis dejado penetrar á este hombre, á quien he tenido que matar para evitar el peligro de una delacion.

—Con efecto, dijo el conde; al verle ahí, creí que era un cualquiera que se habia sentado á descansar; cuando se levantó creí que iba á marcharse, y ví con sorpresa que en vez de hacerlo así, se metió aquí antes de que yo pudiera reponerme, y he oido con toda claridad el agudo grito que ha soltado, sin duda, al herirle tú.

—Ello será lo que quiera, repuso el jitano; pero tambien es verdad que aquí aparece un crimen, y que por fuerza han de buscar los autores de él, y probablemente nosotros seremos los primeros acusados; el mejor partido que podemos tomar es alejarnos de Robledo.

Reflexionó un momento el conde, y despues dijo:

—Lo que tú juzgas como una desgracia, es precisamente lo que ha de salvarnos. Escucha, mañana, cuando todo la casa se ponga en pié, cuando entre aquí la justicia, y el padre de Luisa se eche á buscar cuál puede haber sido la causa de la muerte de su hija, ó bien se abandone en un rincon al dolor, nadie podrá dar con la verdadera causa, puesto que ese secreto ha de morir con nosotros dos; y tambien podrá suceder que antes de trasportarla al cementerio haya pasado el tiempo necesario para que ella despierte. El deseo de descubrir la causa de este acontecimiento, retardará su entierro, y puede ser que Luisa sea perdida para mí; pero voy á decirte una cosa que podemos hacer para asegurarnos del buen éxito de nuestra estratagema. Pon en la mano de la jóven el mismo puñal con que has dado muerte á Bartolomé.

—¿Para qué? preguntó el jitano.

—Voy á decírtelo. Todo Robledo sabe que Bartolomé estaba enamorado de Luisa, y mañana, cuando la vean muerta, y en esta posicion, supondrán que se ha introducido en la casa con violencia, y que esta jóven le ha clavado el puñal defendiéndose. En cuanto á ella comprenderán fácilmente que ha sucumbido al espanto que experimentó por haber dado muerte á un religioso. El abad tendrá un interés particular en descubrir este suceso, y acto continuo se llevarán el cuerpo de Luisa para darle sepultura, y la noche próxima le desenterramos y le conducimos á mi castillo, en donde volverá de su letargo, y entonces de grado ó por fuerza no tendrá otro remedio que casarse conmigo.

—¿Pero por qué no cargamos ahora con la muchacha? repuso el jitano, no gustándole mucho el recurso del conde.

—¿No te lo he dicho ya? contestó el de Santillana. El abad no tiene la menor conmiseracion (y de ello nos ha dado bastantes pruebas) para los delincuentes de su jurisdiccion, y si esta jóven desaparece del modo que tú quieres, mandaria al punto registrar nuestros castillos, y penetrarian hasta los subterráneos, y esto concluiria por descubrirse el hecho. Sé tambien lo que podria costarme; con que obedece y demos á esta estancia

un aspecto que haga hacer mas fácilmente la suposición que queremos escitar.

Dicho esto, pusieron los muebles de la habitación en el mayor desórden, procurando hacerlo de modo que no se oyese en lo demás de la casa, con el objeto de significar que se habia empeñado allí una lucha violenta: deshicieron la cama, rasgaron los vestidos de la jóven y hasta los empaparon en la sangre que corria del moribundo Bartolomé. Colocaron el cuerpo de Luisa en el suelo y se alejaron, dejando la puerta abierta.

—¡Adios, adorable criatura! dijo el conde antes de separarse de aquella casa. ¡Quiera Dios que este miserable no me haya engañado, produciendo en tí una muerte verdadera en vez de hacerla fingida! Quiera Dios que mis planes no se malogren, y que dentro de dos dias pueda decir... Luisa es mia, y nadie ha podido estorbarlo.

—Huyamos pronto, dijo el jitano, que harto tiempo nos hemos entretenido aquí.

Anduvieron unos pasos y tropezaron al instante con Juanillo, que fué quien proporcionó al conde el conocimiento del jitano que habia de perder á Luisa.

—¿Qué tal salió el negocio? dijo.

—Así, así, repuso el jitano.

—¿Cómo así, así? ¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir, dijo el conde, que por no estar tú en tu puesto ha habido necesidad de matar á un hombre, y eso puede comprometernos algo mas de lo que parece.

—¿Y quién era ese hombre?

—No sabemos.

—Pues yo, como hombre prevenido, traigo aquí una linterna sorda; tomad asiento en esa piedra mientras yo me acerco y reconozco al muerto, pues es muy importante saber quién es él.

—Ves con cuidado, no sea que con el dichoso farol te descubran, y todo se acabe de echar á perder.

—No tengais cuidado, que yo soy viejo en el oficio, y pobre del que se me acerque.

Dicho esto, Juanillo se separó de sus cómplices y se dirigió

á la casa de su protector, donde reconoció perfectamente el cuerpo de Bartolomé; le miró la herida, y cerciorándose de que estaba muerto en efecto, volvió al sitio donde le esperaban los otros, y les dijo:

—Ya tenemos un rival menos.

—¿Cómo así, dijo el conde, irritado, tal vez, por los celos que aquellas palabras le habian producido.

—Porque el muerto es el lego Bartolomé; ese pedazo de atun, que se habia empeñado en que la chica se casara con él, tanto mejor, hemos muerto dos pájaros en uno, porque ya no fastidiará mas á la chica, y lo que es mejor, que su muerte no meterá mucho ruido, porque es un pobre. Si hubiera sido un hidalgo, entonces sí que estábamos frescos.

El conde deslizó unas cuantas monedas de oro en la mano de Juanillo, y todos tres marcharon juntos, pues habiendo ocurrido aquella muerte, y habiendo ensangrentado los vestidos de Luisa, Juanillo se comprometia grandemente, por ser él quien tenia la llave de la casa.

XXIII.

CONTINUACION.

Constante el rey D. Carlos III, y sus consejeros y ministros, en condenar y castigar cuanto pudiera servir de pretexto á la vagancia; al propio tiempo que se espidió una Real orden contra los que recorrian el reino dando espectáculos de cámaras oscuras, con marmotas, osos, caballos, micos, perros y otros animales que hacian algunas habilidades; contra los genoveses, piamonteses, malteses, saboyanos y otros extranjeros que andaban de pueblo en pueblo esplotando la pública credulidad; contra los que con igual objeto sacaban la buenaventura ó un número para la lotería, ó la contestacion forzada á una pregunta dada por el mismo especulador; contra los charlatanes que en público vendian drogas y sacaban muelas á caballo ó en carroza, se espidió la famosa pragmática (19 de setiembre de 1785); contra los *jitanos*, siendo España la primera que dió la iniciativa sobre semejante asunto, medida que despues fué copiada en los países extranjeros.

Para limpiar, dice un historiador de nombradía, los caminos y pequeñas poblaciones de las cuadrillas de vagos, contrabandistas y facinerosos que, de resultas de las anteriores guer-

ras, las infestaban, que no se habian podido esterminar, á pesar de la persecucion que se les hacia, y cuyos robos y escesos se atribuian en mucha parte á los llamados *jitanos*, se les redujo por dicha pragmática á la vida civil y cristiana, declarándose al propio tiempo que los que así se llamaban, no lo eran por origen ni por naturaleza, que no provenian de raiz infecta alguna, prohibiendo que se les designara con los nombres de *jitanos* ó *castellanos nuevos*; pero mandóles á ellos que dejaran el género de vida vagante que hacian, su traje y su gerigonza, y se fijaran y domiciliaran en los pueblos en el término de noventa dias, y se ejercitaran en las artes y oficios honestos y útiles, sopena, á los que así no lo hicieren, de ser tratados como vagos y en los términos prescritos por la ordenanza, y mandando á las justicias y corregidores que pasaran listas mensuales así de los que hubiesen obedecido, como de los contraventores y reincidentes, conminando con graves penas á cualesquiera auxiliares ó encubridores.

Dicha pragmática consta de 44 disposiciones ó artículos: entre ellos los hay muy notables, y no dejan de serlo los siguientes que recordamos:

«13. La sala, en vista de lo que resulte, y de estar verificada la contravencion, mandará inmediatamente, sin figura de juicio, sellar en las espaldas á los contraventores con un pequeño hierro ardiendo, que se tendrá dispuesto en las cabezas de partido con las armas de Castilla.

«15. Conmuta con esta pena del sello por ahora; y por la primera contravencion, la de muerte que se me ha consultado, y la de cortar las orejas á esta clase de gentes, que contenian las leyes del reino.»

Ya antes se habian dado varias disposiciones sobre *jitanos*, aunque menos completas; así es que esta vez se tocaron mejor los buenos resultados de esta providencia, patentizados en las listas que enviaron los corregidores y alcaldes mayores, en las que se ve que habian dejado la vida errante, y avicinándose para dedicarse á oficios honestos mas de 4,200 *jitanos*; no pasando de 90 los contraventores.

Habia á la sazón en los reinos de Castilla y Aragon, no incluida Cataluña, 10,458 jitanos, de ellos avecindados antes de la pragmática, 9,150; despues de la pragmática, 1,218; contraventores, 90.

Sin embargo, era tal la afición de estas gentes á la vida errante y aventurera, así como á la nigromancia y otras ciencias ocultas que poseían á las mil maravillas, que tres años mas adelante hubo de repetirse y encomendarse al cumplimiento de la citada pragmática, contra los que volvían á su antiguo género de vida errante y sospechosa.

Por esta razón no es de estrañar, que fugitivos y diseminados por los pueblos de España, y escondidos entre las breñas, hubiese aun en Párraces una buena cantidad de ellos, y entre los mismos uno que de órden del conde de Santillana ejecutase sus malas mañas en la persona de Luisa.

Unos labradores que antes de despuntar el alba pasaban por delante de la casa de D. Diego, oyeron unos quejidos sordos que sonaban hácia aquella parte, y acercándose al sitio de donde salían, no tan solo dieron con el cuerpo de Bartolomé, sino que le conocieron al momento como demandadero de la abadía de Párraces.

—¿Qué es eso, Bartolomé? ¿Qué tienes?

—Me han muerto.

—¡Cómo!

—De una puñalada.

—¿A dónde?

El herido tardó un buen rato en contestar, porque la pérdida de lo sangre le tenía aun desmayado; ellos creyeron que estaba ya en la agonía, é incorporándole un poco:

—Animo, buen Bartolomé, que el rey nuestro señor sabrá castigar con mano fuerte al criminal ó criminales.

—Aquí, en el costado derecho, dijo el herido.

—Pongámosle alguna cosa para que no se desangre, dijo uno de los labradores.

Y quitándose en un momento la faja, le puso su pañuelo lo mejor que pudo en la herida y lo ató con la faja al cuerpo.

—Al menos así, dijo, no se desangrará este pobre.

Mientras esto hacia aquel que no queria separarse del lego, otro de sus compañeros corrió en busca de un cirujano y del alcalde, y el otro se propuso avisar en casa de D. Diego, por ser la que habia mas cerca; pero cuando se hubo aproximado á tientas á la puerta, y notó que estaba abierta, se estremeció, porque desde luego sospechó que el asesino pudiera estar dentro de la habitacion; empujó la puerta, y como viese, aunque débil, alguna claridad en la alcoba de Luisa, entró con ánimo resuelto de enterarse algo, y sobre todo de despertar á la familia si necesario fuese; pero apenas hubo puesto el pié en la alcoba de la niña, dió un paso atrás, horrorizado ante el cuadro que acababa de ver. Quedóse por de pronto como petrificado, y ni aun sabia qué partido tomar.

El cuerpo de Luisa ensangrentado, sus vestidos rasgados, los muebles del cuarto en el mayor desórden, y el puñal teñido en sangre y colocado cerca de la muerta, todo esto, unido al asesinato cometido en la persona del lego, formaba en su imaginacion un conjunto de ideas á cual mas raras y extravagantes, y tapándose con la mano los ojos, dió media vuelta y volvió al lado de sus compañeros y de Bartolomé.

—¿Cómo sigue ese? le preguntó.

—Me parece que las lia, le dijo al oido.

—¿Ha revelado algo?

—No ha vuelto á hablar desde que nos dejaste.

El que habia dentro, contó al de afuera todo cuanto habia presenciado, y concluyó diciéndole:

—Chico, lo que mejor podemos hacer es largarnos de aquí, porque si la justicia nos pilla en este sitio y junto á este cadáver, con la puerta de la casa abierta, y lo que yo he visto dentro, corremos gran peligro de pasar por los asesinos, lo cual no me agrada de modo alguno; larguémonos y prontito: este pobre diablo dentro de un cuarto de hora no necesitará de nosotros ni de nadie, por consiguiente piés para qué os quiero.

—¡Quita allá, mentecato! Pues no faltaba mas que dejáramos así al pobre Bartolomé; le tengo agarrado el pulso y veo

que late, aunque muy despacito; ya sabes que yo lo entiendo bien.

Y en efecto, aquel trabajador habia seguido la carrera de cirujano, y por no tener dinero para los exámenes, hubo de quedarse sin el título de cirujano romancista; pero habia aprendido á tomar el pulso, á colocar bendajes, á pinchar la arteria del antebrazo y otras menudencias por el estilo, conservando ese orgullo que siempre nos queda de nuestros primeros estudios.

—Este hombre tiene aun vida, y seria la mayor iniquidad el dejarle aqui abandonado, mucho mas cuando salvándole podrá revelar cosas importantes al tio Boliche; y por consiguiente, lejos de meterse nadie con nosotros, se verá que somos hombres de corazon y como Dios manda.

—Todo eso es muy santo y muy bueno, y yo seria el primero en socorrer á Bartolomé, que es buen chico, aunque presumidillo; pues Dios me libre de hacerlo á costa de mi reputacion de hombre de bien, y sobre todo de mi pellejo, porque has de saber que si el lego estira la pata, nos cuelgan el milagro á nosotros, tan cierto como tres y dos son cinco.

—Pues suceda lo que quiera; la humanidad y la religion me tienen clavado aquí, y nadie podrá apartarme; además de que Silverio ha salido hace ya rato en busca del fisico y del alcalde, y ya sabrán que nosotros hemos sido quienes hemos descubierto la cosa.

Esta última razon pareció convencer algo mas al recalcante, y se quedó al lado del otro y del herido, hasta que despues de un rato, cuando ya el sol comenzaba á dar vida á la tierra, llegaron el alcalde, el cirujano, un cura y tres ó cuatro alguaciles, sin contar algunos curiosos que, enterados de tan estrepitoso suceso, se habian agregado á la comision. Silverio no habia podido enterar á la autoridad de todo lo que habia visto su compañero; pero este, apenas vió llegar la gente, se adelantó y relató lleno de asombro todo cuanto habia descubierto en el cuarto de Luisa.

Figúrense nuestros lectores el desórden que se originaria en

casa de D. Diego de Mendoza, cuando el mismo alcalde y los alguaciles despertaron á toda la familia y vieron á Luisa tendida en el suelo y en la disposicion que aquellos malvados la habian dejado.

El padre de la niña cayó en un estupor mortal, y María, en vano trataba de reanimarle, solo contestaba:

— ¡Luisa de mi corazon! ¡Luisa de mis entrañas!...

Gaspar, por el contrario, no lloraba, pero andaba de un lado á otro, y no perdía de vista ni al cadáver de la hija de su amo, ni el menor movimiento de cuanto se hacia ó providenciaba por la autoridad.

La ausencia de Juanillo, desde luego, le dió que sospechar, comprendiendo al primer golpe de vista que él habia sido quien, por lo menos, abrió la puerta de la casa ó proporcionó la llave, puesto que, como ya hemos dicho, estaban á su cargo.

El cuerpo del lego fué conducido á su convento, y el de Luisa al campo-santo.

Al dia siguiente de estos acontecimientos, y cuando ya las autoridades andaban tras de averiguar la verdad de los hechos, todos creian, en efecto, que Luisa se habia visto obligada á matar al lego por conservar su honra; todos lo creian así, menos Gaspar, que prosiguió incansable haciendo observaciones y formando conjeturas. En todas partes se le veia, escuchaba todas las conversaciones, acompañaba á la justicia en sus pesquisas, y se habia constituido en un verdadero agente de policia. Recordaba, muy bien la época en que Luisa, cuando niña, se perdió en medio de la confusion, y habiéndose él propuesto encontrarla, la encontró, solo que esta vez el asunto ofrecia mayores dificultades y era de mas intrincada solucion. Como el bueno de Gaspar ignoraba la existencia de los anestésicos, se creia que Luisa estaba efectivamente muerta; pero habiendo ido á la abadía, guiado tan solo por la curiosidad de saber si se habia descubierto algo, y se halló agradablemente sorprendido al saber que Bartolomé, no tan solo no habia muerto, sino que habia hecho revelaciones importantes, de las cuales se desprendia que Luisa no habia tenido la menor parte en su herida. Gaspar instó mu-